



La fe es poner la confianza en OTRO, en Cristo. Es algo que no se resuelve de una vez sino un proceso de toda la vida. Convertirse a la oración es convertirse a la amistad, ¡a la amistad con Dios! En la oración, Dios y el ser humano se vuelven el uno al otro amistosamente.

La amistad influye en la persona, en sus relaciones, en sus compromisos y opciones... La amistad iguala a los amigos, y crece, se intensifica.

Por eso, **en la oración no importa tanto de qué se trata, cuanto con Quién se trata**, con Quién me relaciono. Es un encuentro personal (= CONFIANZA), un intercambio de amores, de afecto. Querer el bien del otro. Interesarse más por el otro que por mí.

La amistad desea la presencia del amigo. Advertir, mirar, estar dentro, dejar que entre su Presencia en mí. **Querer estar con Él.** Pretender su compañía, su presencia, su Persona.

Escribe Santa Teresa:

"Tenía este modo de oración: que, como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor adonde le veía más solo". Parecíame a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada me había de admitir a mí. De estas simplicidades tenía muchas".

"En especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto. Allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido, si podía. Deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor".

Veíamos en el tema anterior la primera virtud que Santa Teresa pone como necesaria para una vida de oración auténtica.

Ahora veremos las otras dos de las que habla: el **desasimiento o pobreza** y la **verdadera humildad**. Dice la Santa que estas dos virtudes *"andan siempre juntas; Son dos hermanas que no hay para qué las apartar. No son éstos los deudos de que yo aviso se aparten, sino que los abracen, y las amen y nunca se vean sin ellas.*



¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Cristo, que nunca un punto se vio sin ellas! Quien las tuviere, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto y contra todo el mundo y sus ocasiones. No haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos. No tiene a quién temer, porque nada no se le da de perderlo todo ni lo tiene por pérdida; sólo teme descontentar a su Dios; y suplicarle las sustente en ellas porque no las pierda por su culpa.

Verdad es que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas en tanto, que siempre anda procurando tenerlas, y valas perfeccionando en sí más, aunque bien se señalan los que las tienen; luego se da a entender a los que los tratan, sin querer ellos" (CP 10, 3-4).

2ª. DESASIMIENTO Y ABNEGACIÓN

"¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento".

"... Es gran negocio comenzar las almas oración comenzándose a desasir de todo género de contentos y entrar determinadas a solo ayudar a llevar la Cruz de Cristo, como buenos caballeros que sin sueldo quieren servir a su rey..." (V15, 11)

El orante debe optar decididamente por Dios como objeto supremo y definitivo de amor. La Santa nos acostumbra a expresiones como **"asidos a solo Dios" o "abrazados con solo Dios"**.

Tenemos tendencia a adherirnos desordenadamente al amor propio, a las comodidades, a determinados lugares, a determinadas

ocupaciones, a determinadas personas... y con frecuencia justificamos esos gustos de nuestra sensualidad o de nuestra comodidad con razones aparentes o falaces.

Para vivir una vida de identificación con Cristo por la oración es necesario **liberarnos de todo lo que no sea Él, y adherirnos absolutamente, radicalmente y totalmente a Él.**

La oración nos tiene que llevar a la abnegación, y la abnegación nos debe llevar a su vez a la oración. La persona que **está muerta al amor propio, que sabe renunciar a su propia voluntad y a sus propios gustos para buscar la voluntad de Jesús**, apenas está expuesta a engaños, y progresa mucho en intimidad con el Señor.

Teresa nos viene a decir que el orante ha de encontrar su tesoro. Y el tesoro se llama Cristo Jesús. **Es necesario venderlo todo, desprendernos de todo y darlo todo para quedarnos a solas con Cristo Jesús**, entonces seremos los verdaderos dueños y poseedores del tesoro.

"Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con solo el Criador y no se nos dando nada por todo lo criado, Su Majestad infunde de manera las virtudes, que trabajando nosotros poco a poco lo que es en nosotros, no tendremos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa (CP 8,1)".

Hay que determinarse a dejarlo todo, al menos afectivamente, por Dios. He aquí la renuncia que exige un amor grande y totalizante: **la entrega total.** Esta renuncia sólo se entiende y se abraza cuando el hombre ha encontrado todo en la persona a la que se entrega.

Tenemos que estar asidos a las cosas eternas y desasidos de las que se acaban. Porque *"quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno lo dan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden. No aman sino verdades y cosa que sea digna de amar".*

La abnegación es desasimiento de sí mismo, de la propia voluntad. A veces ocurre que buscamos luchar contra el enemigo de fuera no apegándonos a las cosas exteriores y puede resultar que el enemigo peor lo tenemos dentro.

"¡Oh hermanas mías!, no os aseguréis ni os echéis a dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Y ya sabéis que no hay peor ladrón, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado... contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu, que pueda volar a su Hacedor sin ir cargada de tierra y de plomo" (CP 10,1).

Tres medios propone para conseguir esta libertad:

1º. Tener continuo en el pensamiento cuán presto se acaba todo

"Gran medio es para esto traer muy continuo en el pensamiento la vanidad que es todo y cuán presto se acaba, para quitar las afecciones de las cosas que son tan baladíes y ponerla en lo que nunca se ha de acabar. Y aunque parece flaco medio, viene a fortalecer mucho el alma" (CP 10,2).

2º. Al aficionarnos a alguna cosa, procurar levantar el pensamiento de ella y volverle a Dios

"... y en las muy pequeñas cosas traer gran cuidado; en aficionándonos a alguna, procurar apartar el pensamiento de ella y volverle a Dios, y su Majestad ayuda" (CP 10,2).

3º. Practicar la verdadera humildad, que siempre anda junta con la pobreza (de la que hablará a continuación)

Y propone también la libertad frente a las exigencias del cuerpo y a los reclamos, con frecuencia tan reiterados, del bienestar y de la salud:

También es señal de gran abnegación "procurar quitar de nosotras el amor a este cuerpo" porque "algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos [...] Determinaos hermanas que venís a morir por Cristo y no a regalaros por Cristo".

"Cuando es grave el mal, él mismo se queja [...]. Porque este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado".

"Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada"

3ª. HUMILDAD

La virtud de la humildad es específicamente cristiana, nadie antes de Jesucristo había hablado de ella ni la había recomendado.

San Agustín, en su comentario al salmo 141, dice: "**No hay camino más excelente que el del amor, pero por él sólo pueden transitar los humildes**". Escribe también: "En el camino de la conversión a Dios, el primer paso es la humildad, el segundo la humildad, el tercero la humildad, y cuantas veces me preguntes te responderé lo mismo". La meta de la ascesis cristiana es el amor, pero **no hay verdadero amor si no nace de un fondo de profunda humildad y despojo**.

Jesús "se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz". He ahí por qué debemos procurar vivir siempre la humildad, para **imitar a Jesucristo** y ser hijos de Dios como Él.

A la humildad se opone la soberbia, el amor propio, la rebelión, la altivez, la estima excesiva de uno mismo, etc. A la humildad se opone también, y para nosotros es más engañosa y más peligrosa, la vanidad, el afán de quedar bien, el procurar que me estimen los demás, el disculparnos cuando hemos hecho algo mal, el afán de situarnos en determinados puestos, la molestia porque a otros les estiman más, etc.

"Por eso -dice la Santa- **mostrémos a contradecir en todo a nuestra voluntad; que si traéis cuidado... poco a poco os hallaréis en la cumbre. Mas ¡qué gran rigor parece decir no nos hagamos placer en nada, como no se dice qué gustos y deleites trae consigo esta contradicción y lo que se gana con ella! Aun en esta vida, ¡qué seguridad!** (CP 12,3)".

En consecuencia, emplearse en recorrer el camino de la humildad es imprescindible para dejarse hacer por Dios. Convencida el alma de que **es nada ante Dios, que todo es puro don de su amor, no se quejará de nada, se dejará llevar con profundo agradecimiento y sin poner obstáculo a la acción divina en el alma**. Con el verdadero humilde el demonio no puede nada.

Para conseguir la humildad el medio del que se sirve Dios son las humillaciones: "pan duro pero poderosísimamente nutritivo".

La Santa propone tres cosas:

1º. "Huir de aspiraciones a mayorías"

Entiende por esto huir de defender la propia y vana estima, o mostrar deseo de ella, o deseo de hacienda o de fama, etc. Defender en definitiva la propia dignidad buscando preeminencias, es decir, que me consideren, que me tengan por el mejor en tal cosa, que me consulten...

"Dios nos libre, por su Pasión, de decir ni pensar para detenerse en ello 'si soy más antigua', 'si tratan a la otra mejor'. Estos pensamientos si vienen **es menester atajarlos con presteza; que si se detienen en ello, o lo ponen en plática, es pestilencia y de donde nacen grandes males [...]. Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra o de hacienda (vana estima o deseo de una u otra) [...] que aunque tengan muchos años de oración (o, por mejor decir, consideración, porque oración perfecta en fin quita estos resabios), que nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración"**.

2º. Practicar la renuncia

Renuncias al mundo exterior, a las diversiones que disipan; continua vigilancia sobre los sentidos y la imaginación, etc.

3º. No excusarse, no disculparse

"... Toda persona que quisiere ser perfecta, huya mil leguas de «razón tuve», «hicieronme sinrazón», «no tuvo razón quien esto hizo conmigo». De malas razones nos libre Dios. ¿Parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias y se las hiciesen y tantas sinrazones? La

que no quisiere llevar cruz sino la que le dieran muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, adonde aun no le guardarán esas razones" (CP 13,1).

"Es de gran humildad verse condenar sin culpa y callar, y es gran imitación del Señor que nos quitó todas las culpas. [...] Trae consigo muchas ganancias [...] El verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco y perseguido y condenado sin culpa aun en cosas graves. Porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto?". Por otro lado "nunca nos culpan sin culpas, que siempre estamos llenos de ellas [...] Así que aunque no sea en lo mismo que nos culpan, nunca estaremos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús" (CP 15, 1ss).

Para la Santa, **de este modo se adelanta mucho**: "más que con diez sermones". **Enseguida se comienza a ganar en libertad**.

"¡Oh Señor mío!, cuando pienso por qué de maneras padecisteis y cómo por ninguna lo merecáis, no sé qué me diga de mí, ni dónde tuve el seso **cuando no deseaba padecer, ni adónde estoy cuando me disculpo**. Ya sabéis Vos, Bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos sino por las vuestras. Pues ¿qué os va, Señor, más en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, **tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho**. ¿Es posible que he yo de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala, habiendo dicho tantos males de Vos, que sois bien sobre todos los bienes?

No se sufre, no se sufre, Dios mío -ni querría yo lo sufrieseis Vos- que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos. Pues mirad, Señor, que los míos están ciegos y se contentan de muy poco. **Dadme Vos luz y haced que con verdad desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado a Vos, amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué pensamos sacar de contentar a las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpadas de todas ellas, si delante del Señor estamos sin culpa? ¡Oh, hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y así nunca acabamos de estar perfectas, si mucho no la andamos considerando y pensando qué es lo que es y qué es lo que no es!" (CP 15,5)**

Letanías de la Humildad

Jesús manso y humilde de Corazón, -Óyeme.

(Después de cada frase decir: Líbrame Jesús)

Del deseo de ser estimado,
Del deseo de ser alabado,
Del deseo de ser honrado,
Del deseo de ser aplaudido,
Del deseo de ser preferido a otros,
Del deseo de ser consultado,
Del deseo de ser aceptado,
Del temor de ser humillado,
Del temor de ser despreciado,
Del temor de ser reprendido,
Del temor de ser calumniado,
Del temor de ser olvidado,
Del temor de ser puesto en ridículo,
Del temor de ser injuriado,
Del temor de ser juzgado con malicia

(Después de cada frase decir: Jesús dame la gracia de desearlo)

Que otros sean más amados que yo,
Que otros sean más estimados que yo,
Que otros crezcan en la opinión del mundo y yo me eclipse,
Que otros sean alabados y de mí no se haga caso,
Que otros sean empleados en cargos y yo postergado,
Que otros sean preferidos a mí en todo,
Que los demás sean más santos que yo con tal que yo sea todo lo santo que pueda,

Oración: Oh Jesús que, siendo Dios, te humillaste hasta la muerte, y muerte de cruz, para ser ejemplo perenne que confunda nuestro orgullo y amor propio. Concédenos la gracia de aprender y practicar tu ejemplo, para que humillándonos como corresponde a nuestra miseria aquí en la tierra, podamos ser ensalzados hasta gozar eternamente de ti en el cielo.



6. MODELOS Y TESTIGOS: Beato Juan Duarte Martín: "Yo os perdono y pido que Dios os perdone..."

San Manuel González fue un loco enamorado de la Eucaristía. Vivió todo su sacerdocio obsesionado por el abandono de Jesús en los sagrarios. Cuando, en contra de su voluntad, le nombraron obispo de Málaga, se preocupó especialmente de formar seminaristas que llegasen a ser Sacerdotes-Hostias, es decir sacerdotes identificados con el sacrificio de Cristo, dispuestos a entregar, como Él, su vida entera. El curso 1924-25 inauguró su nuevo seminario en el que había puesto toda su alma sacerdotal. Enseguida llovieron las vocaciones. Pero llovieron también las persecuciones, como pasa con todas las obras de Dios, pues Málaga fue una de las diócesis más castigadas por la violencia anticlerical en los primeros meses de la segunda República. Con un dolor que le partía el alma, el santo obispo vio cómo se quemaban conventos, iglesias y hasta su mismo palacio arzobispal... Terminó expulsado de su diócesis, a la que ya no volvería, pues en 1834 fue nombrado obispo de Palencia.

Juan Duarte fue uno de sus primeros seminaristas. De corazón ardiente, valiente y algo tímido, nunca llegaría a celebrar el Santo sacrificio de la misa, su sueño dorado. Pero ordenado diácono, emulando las gestas de otros diáconos gloriosos como san Esteban o san Lorenzo, ofreció el sacrificio de su propia vida con un valor y un amor que sólo el Señor pudo dárselos.

Vamos a conocer con más detalle su historia

Juan es el cuarto hijo de una familia muy cristiana. Nació el 17 de marzo de 1912 en Yunquera, pueblecito blanco y serrano, ubicado en pleno corazón del Parque Natural Sierra de las Nieves, en tierras malagueñas.

Juan Duarte Doña y Dolores Martín de la Torre fueron sus padres, que tuvieron 10 hijos, aunque solo 6 pudieron sobrevivir. Juan fue siempre la niña de los ojos de los padres, y el preferido de todos porque la gracia y la virtud nacieron y crecían con él. Años adelante, su hermana pequeña, Juana, que tenía 15 años cuando le martirizaron, siendo ya Carmelita Descalza en Ronda, le recordaba así: *"Era rubio, con los ojos verdes y un lunar precioso en la cara. Era alto y atractivo. El encanto del pueblo. Un seminarista que sólo con la mirada atraía a la gente"*. Ella sabía bien que debía su vocación a su santo hermano.

El padre, sencillo labrador autónomo, nunca sobrado de bienes materiales, fue un fervoroso adorador nocturno, en el que Juan clavaba sus ojos con admiración desde pequeño. Vio su corazón henchido de alegría cuando el pequeño le contó su deseo de entrar en el Seminario. Era entonces párroco de Yunquera D. Francisco López Rodríguez, quien tuvo el honor de bautizarle el 20 de marzo de 1912.

Desde muy pequeño daba Juan señales, por su fervor y limpieza de alma, de vocación sacerdotal. No era extraño verle jugar celebrando la misa en altares que él mismo montaba, u organizando con otros niños procesiones improvisadas en Semana Santa.

San Manuel González le confirmó a los pocos meses de su primera comunión, cuando solo contaba 8 años. Por el desastre de la guerra no consta certificación escrita de estos sacramentos.

A los revolucionarios meses del inicio de la República hay que añadir los acontecimientos más sangrantes aún del inicio de la guerra (1936). Los destrozos de iglesias y conventos siguieron y aumentaron. Multitud de archivos y documentos parroquiales y diocesanos, y gran parte del patrimonio artístico y cultural en Málaga fue total e infamemente destruido.

Cuando Juan ingresa en el seminario de Málaga tiene 13 años. Era el curso 1925-1926. La escasez de medios económicos en la familia no le arredra. Con una confianza impropia de su edad decía a su padre: **"No se preocupe por eso. El Señor le ayudará"**.

En el Seminario siempre se encontró como en su casa. De hecho le costaba salir, y contaba los días que faltaban para volver cuando iba de vacaciones. La vida de oración y de estudio, que enriquecía su alma con nuevos deseos de Dios y de verdad, le atraía mucho. Inteligente y generoso, se granjeaba con naturalidad la confianza de todos. **Sañaba con ser pronto sacerdote de Jesucristo.**

Con los demás seminaristas y con sus superiores tenía un trato muy familiar. En el P. Soto, su director espiritual, le tiene por *"el seminarista ideal"*. En él encontró un verdadero padre.

En 1931, por los disturbios revolucionarios, los seminaristas tienen que regresar con las familias. **Pero a Juan le quema otro fuego por dentro. En casa no está tranquilo y decide pronto volver al Seminario** y ayudar a su reconstrucción.

Son momentos duros. La diócesis entera está huérfana de su santo obispo, desterrado de su diócesis... Primero tiene que huir y refugiarse en Gibraltar, después pasa una temporada en Ronda, hasta que la Santa Sede le pide que fije su residencia en Madrid, y desde allí vele por su diócesis.

Pero ya no volverá a su amada Málaga, pues en 1934 le nombran obispo de Palencia.

Pese a todo, amaina la tormenta en la diócesis (que se recrudecerá al empezar la guerra) y vuelve cierta normalidad al Seminario. Juan se siente feliz. La alegría de ser ya pronto sacerdote iluminaba su rostro. Su semblante ejercía un misterioso atractivo, una invitación a la bondad.

El 30 de junio de 1935, el día antes de recibir el Subdiaconado, escribe una carta a su obispo desterrado:

"¡Con qué ganas me pongo en brazos de la Iglesia y con qué ganas le pido al Señor que me quite la vida si no he de servirle con la alegría que inunda mi alma el día que a ella me entrego!"

El 6 de marzo de 1936, en la catedral malagueña, recibe, feliz, el diaconado. Le esperan meses difíciles. Sueña con ofrecer pronto el Santo Sacrificio. Pero los planes misteriosos de Dios son otros.

En julio de ese mismo año se cierra el Seminario y Juan regresa de nuevo a Yunquera. **No tiene miedo a mostrarse como lo que es,**



a pesar de los sensatos consejos de los suyos. Viste la sotana y se niega a esconderse en el zulo que le había preparado su padre. Estaba convencido de que el Señor tenía en sus manos los destinos de la historia.

Se notaba que la fuerza de Dios obraba en él y **le hacía audaz, a pesar de su debilidad**. De hecho a su amigo Merino le confesó que si un día le llegase el martirio, **dudaba mucho de su fuerza para abrazarlo**.

Pero la ocasión llegó muy pronto. El 7 de noviembre los milicianos hicieron un registro en el pueblo. Juan se había escondido en una pequeña pocilga, pero al asomarse para respirar aire puro, fue visto y delatado por una vecina. Inmediatamente le arrestaron a él y a José Merino Toledo y Miguel Díaz Jiménez, también seminaristas. Los llevaron a los tres a El Burgo, y esa misma noche fueron martirizados los dos compañeros. A él, queriéndole dar, según parece, un castigo ejemplar, lo llevaron Álora, le encerraron en la garipola municipal, entregándole al Comité.

Se iniciaba el diario de su dramático martirio que iba a durar del 7 al 15 de noviembre. **Terribles sufrimientos físicos y psíquicos**, en medio de crueles torturas y humillaciones, **le esperaban**. Todos los días le golpeaban sin piedad, le metían pequeñas cañas debajo de las uñas, le sacudían corrientes eléctricas en los genitales, o le paseaban por las calles para diversión de la chusma en el pueblo, entre burlas e insultos.

Hubo personas buenas del pueblo que se indignaban y le compadecían. Algunos le instaban a ceder en sus ideas al menos para salvar la vida... Pero **él no estaba dispuesto de ninguna manera a renegar de su fe. "Lo que me hacéis a mí se lo estáis haciendo al Señor"**, decía a sus asesinos.

Todos los intentos para forzarle a blasfemar fracasaron. Él decía *"Viva el Corazón de Jesús"*, o *"Viva Cristo Rey"*, pero **el precio a pagar iba a ser muy alto**.

Le provocaron con mujeres de la vida que introducían en la cárcel, para que le sedujeran. Pero **su alma pura estaba demasiado puesta en Dios**, como para caer tan bajo. **La Virgen María era su consuelo y su fortaleza**.

Como no lograban doblegarlo con la lujuria, Antonio Sánchez Portela, apodado "el Chato", a la sazón Jefe de la patrulla del Comité, con una navaja le castró, haciendo verdadero escarnio de ello. Fueron escenas de una maldad tan diabólica que avergüenza describir.

Juan, que había perdido el conocimiento ante tanta perversión, al despertar en la cárcel preguntaba angustiado: *"Pero, ¿qué me han hecho, qué me han hecho?"*.

Como crecía la indignación de mucha gente de Álora, el Comité decidió terminar de una vez. Le condujeron a las afueras del pueblo donde le iban a dar una muerte horrenda. Mientras le llevaban, Juan rezaba y repetía: **"Yo os perdono y pido que Dios os perdone... ¡Viva Cristo Rey!"**. Pero tanta bondad exasperaba a los milicianos, que estaban ebrios de odio satánico. **Le cortaron la lengua para que no rezase más**.

Al llegar al arroyo llamado "Bujía" lo tumbaron en el suelo y con un machete lo abrieron en canal de abajo a arriba. Le rociaron

después con gasolina el vientre y el estómago y le prendieron fuego. Fue entonces cuando, con una dulce mirada clavada al cielo, dijo: *-¡Ya lo estoy viendo...ya lo estoy viendo!*

Uno de los asesinos, ciego de odio, le dijo: *-¿Qué estás viendo tú, desgraciado?* Y le descargó dos tiros de pistola en su cabeza.

Así moría este héroe de Dios, a los 24 años.

Varios días después de su muerte, algunos milicianos seguían, como hienas, disparando al cadáver. Hasta que un vecino se acercó por la noche y lo enterró en el arroyo. Su familia, que lo buscaba desesperada, tardó 7 meses en encontrarlo. En la exhumación su cadáver presentaba tres heridas de armas de fuego en la cabeza y una en el pecho, además de la amputación de genitales y apertura del vientre, con mucha sangre, no derramada sino cuajada por el fuego.

Su cadáver fue exhumado en el año 1937 y trasladado al cementerio de Yunquera, donde estuvo hasta su traslado al templo parroquial. Fue beatificado el 28 de octubre de 2007 por Benedicto XVI junto a otros 497 mártires de la persecución religiosa durante la guerra civil española. La Plaza de San Pedro estaba rebosante, con más de 50.000 personas. Fue la mayor beatificación de toda la Historia de la Iglesia.

JUAN DUARTE es mártir, soldado de Cristo Rey. Hay miles

Los santos han seguido de cerca a Cristo y han colaborado con Él en la implantación del Reino de Dios, venciendo el pecado en ellos y en los demás. Y el martirio, **suprema victoria del amor**, se ha reproducido siempre que Cristo Rey se apodera de un alma.

Todos los tiempos han conocido mártires de amor a Cristo Rey. Ciertamente JUAN DUARTE es uno.

Entre decenas de miles espigamos algunos:

Marcelo, un centurión de la legión trajana, rehúsa valientemente participar en las supersticiones y profanidades de sus compañeros, diciendo: *«Yo soy soldado de Jesucristo, Rey eterno»*. Muere decapitado el 30 de octubre del 298.

En la persecución de Antonio Pío, **Hermías**, al ser invitado a sacrificar a los dioses, grita: *«Soy soldado de Cristo, Rey celestial e inmortal, cuyo Reino no tendrá fin. Por tanto, no puedo obedecer a un rey temporal, cuyo reinado concluirá en seguida»*. Y su cabeza rueda ensangrentada, mientras su alma florece con eterna primavera para el cielo.

Salvador Gutiérrez Mora es empleado del Banco Internacional de Méjico. Abandona su empleo para incorporarse a la lucha de los católicos contra un Gobierno tiránico. Una bala atraviesa sus piernas. Al recobrar el conocimiento, le pregunta el teniente coronel Olivares: *«—¿De qué partido es usted? —Defensor de Cristo Rey—responde jugándose la vida. —¿Se rinde? —No me rindo. —Deme el revolver. —Tómelo y máteme si quiere, pero antes déjeme gritar: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!»* Así empezó a vivir para siempre.



6. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA

La **Solemnidad de Cristo Rey** corona todo el año litúrgico. Un año que concluye, signo de la vida temporal que llega a su fin y se adentra definitivamente en la eternidad. La figura majestuosa de Cristo Rey tiene la última palabra. **Es Juez universal que implanta definitivamente su Reino Eterno.**

La Iglesia pone en esta fiesta delante de nuestros ojos el último acto del drama de la redención: **el retorno glorioso de Cristo a la tierra** «sobre las nubes del cielo, con grande poderío y majestad», **para juzgar a vivos y muertos...**

Esta fiesta es la más moderna de todas las de nuestro Señor Jesucristo. Pío XI la estableció en 1925. Quiso centrar la atención de todos en la imagen de Cristo, Rey divino, tal como la representaba la primitiva Iglesia. Sentado a la derecha del Padre en el ábside de las basílicas cristianas, aparece rodeado de gloria y majestad. **La cruz nos indica que de ella arranca la grandeza imponente de Jesucristo**, Rey de vivos y de muertos. «Con razón, en la cruz—dice San Ambrosio— se puso el título Rey de los judíos, pues desde ella irradia majestad Cristo Jesús».



Lectura del santo evangelio según san Lucas 23, 35-43:

En aquel tiempo, las autoridades y el pueblo hacían muecas a Jesús, diciendo:

— A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.

Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo:

— Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: **ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.**

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo:

— ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.

Pero el otro lo increpaba:

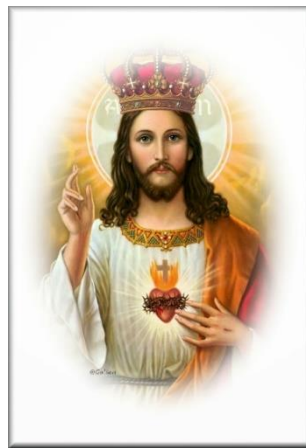
— ¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha faltado en nada.

Y decía:

— Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

Jesús le respondió:

— Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.



COMENTARIO PARA MEDITAR ESTE EVANGELIO

Jesús reina desde la Cruz (Benedicto XVI)

Este Evangelio nos presenta, como en un gran cuadro, **la realeza de Jesús en el momento de la crucifixión**. Los jefes del pueblo y los soldados se burlan del «primogénito de toda criatura» y le ponen a prueba para ver si tiene el poder para salvarse de la muerte. Sin embargo, «precisamente en la cruz, Jesús está a la altura de Dios, que es Amor. Allí se le puede 'conocer'. Jesús nos da 'vida' porque nos da a Dios. Nos lo puede dar porque él mismo es uno con Dios». De hecho, mientras que el Señor parece pasar desapercibido entre dos malhechores, uno de ellos, consciente de sus pecados, se abre a la verdad, alcanza la fe e implora «al rey de los judíos»: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino». De quien «es antes de todas las cosas y en él todas subsisten» el llamado «buen ladrón» recibe inmediatamente el perdón y la alegría de entrar en el Reino de los Cielos. «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso». Con estas palabras, **Jesús, desde el trono de la cruz, da la bienvenida a todos con la misericordia infinita**. San Ambrosio comenta que «es un buen ejemplo de conversión al que debemos aspirar: muy pronto al ladrón se le concede el perdón, y la gracia es más abundante que la petición; el Señor, de hecho, siempre concede lo que se le pide [...] La vida consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el Reino».

El camino del amor, que el Señor nos revela y nos invita a recorrer, se puede contemplar incluso en el arte cristiano. De hecho, antiguamente, «en la configuración de los edificios sagrados se hizo habitual representar en el lado oriental al Señor que regresa como rey –imagen de la esperanza–, mientras en el lado occidental estaba el Juicio final, como

imagen de la responsabilidad respecto a nuestra vida» (SS, 41): **esperanza en el amor infinito de Dios** y compromiso para ordenar nuestra vida según el amor de Dios. Cuando contemplamos las representaciones de Jesús inspiradas en el Nuevo Testamento, como enseña un antiguo Concilio, se nos lleva a «comprender la sublimidad de la humillación del Verbo de Dios y a recordar su vida en la carne, su pasión y muerte salvífica y la redención que de ella se deriva para el mundo» (Concilio de Trullo). «Sí, la necesitamos para ser capaces de reconocer en el corazón traspasado del Crucificado el misterio de Dios»

MÁS SOBRE LA FIGURA DE CRISTO REY

➤ QUIÉN ES EL REY

Es Jesucristo, el único Soberano, el Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Rey de reyes y Señor de los que dominan. El profeta Daniel lo contempla en la noche avanzar sobre las nubes del cielo hasta llegar al Anciano de Días, que le entrega el poder, el honor el Reino para que todas las naciones de la tierra le sirvan (Dn 7,13-14).

Contemplemos nosotros con agradecimientos a este Jesús que nos ama y quiere que en el mundo y en nuestra vida triunfe el Amor sobre el pecado (en eso consiste la soberanía de su Reino); a ese Jesús que

piensa en mí desde toda la eternidad, que me ama con amor desde siempre, que perdona y olvida mis miserias sin cansarse de llamarme una y otra vez. «Yo soy Rey», afirmará con solemnidad divina delante de Pilato en las puertas mismas de su Pasión, grandioso y definitivo triunfo se su Amor. **Y soy Rey para ti -me dice-, para que me adores y me entregues todo tu corazón.**

Cristo Majestad

Cristo Rey ejerce poderoso atractivo. Nos conmueve y nos impulsa a amarle hasta el enamoramiento. La visión de Cristo Rey ya en los cristianos primitivos inspiró, siglos adelante, las primeras imágenes de Cristo crucificado. Llenas de **majestad y grandeza**, nos impresionan. El Cristo románico triunfa en la cruz. Aparece totalmente vestido, o, por lo menos, con paño hasta las rodillas. Los dos pies descansan suavemente en el supedáneo. Una corona real ciñe su cabeza. Hasta el siglo XIII, el arte cristiano presentaba, invariablemente, el crucifijo en esta forma. Es el Cristo majestad, el Cristo románico.

Pero pronto sería sustituido por el Cristo gótico, que llenará los siglos siguientes. En consonancia con el matiz más íntimo de su devoción a Jesús, el siglo XIII y los dos siguientes presentan un **Cristo paciente lleno de dolores**. Lienzo corto, pies cruzados clavados con un solo clavo, corona de espinas. **Todo invita al recogimiento íntimo, al dolor compasivo.**

Cristo majestad despertaba admiración y encendía ardores de conquista. Es el Cristo Rey en cuyo nombre los cruzados se lanzan a la reconquista de Tierra Santa al grito de «¡Cristo reina, Cristo vence, Cristo impera!». Como Rey pacífico le había contemplado San Efrén. **Su cetro es la cruz**, puente tendido sobre la muerte para que las almas pasen a la vida.

➤ EN QUÉ CONSISTE SU REINO

Esencialmente en vencer el pecado con el **Amor**. Que sólo el amor de Dios triunfe. Por eso reza la Iglesia en esta fiesta: *Señor, concédenos propicio que la gran familia humana, disgregada por la herida del pecado, se someta a tu suavísimo imperio*. Y precisamente en este sometimiento a su poder, a su imperio, a su ley, a su amor, consiste el establecimiento de su Reino.

¿En qué consiste el "poder" de Jesucristo Rey? No es el poder de los reyes y de los grandes de este mundo; es el poder divino de dar la vida eterna, de librar del mal, de vencer el dominio de la muerte. **Es el poder del Amor, que sabe sacar el bien del mal, ablandar un corazón endurecido, llevar la paz al conflicto más violento, encender la esperanza en la oscuridad más densa. Este Reino de la gracia nunca se impone y siempre respeta nuestra libertad. Cristo vino "para dar testimonio de la verdad" (Jn 18, 37) —como declaró ante Pilato—: quien acoge su testimonio se pone bajo su "bandera", según**

la imagen que gustaba a san Ignacio de Loyola. Por lo tanto, es necesario - esto sí- que cada conciencia elija: ¿a quién quiero seguir? ¿A Dios o al maligno? ¿La verdad o la mentira? **Elegir a Cristo no garantiza el éxito según los criterios del mundo, pero asegura la paz y la alegría que sólo él puede dar.** Lo demuestra, en todas las épocas, la experiencia de muchos hombres y mujeres que, en nombre de Cristo, en nombre de la verdad y de la justicia, han sabido oponerse a los halagos de los poderes terrenos con sus diversas máscaras, hasta sellar su fidelidad con el martirio» (Benedicto XVI).

El Reino de Jesús se establecerá de manera definitiva y eterna al final de los tiempos, cuando se cumpla el Evangelio: «Y vendrá sobre las nubes con gran poder y majestad el Rey». ¡Qué maravilla! ese último momento de la historia será para mí el último día de mi vida, cuando se pare mi corazón y se efectúe, por fin, el encuentro cara a cara.

➤ NUESTRA RELACIÓN CON CRISTO REY

Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará como añadidura (Mt 6,33). **Jesús nos llama a colaborar con Él en la implantación de su Reino, a seguir sus huellas imitando su vida:**

«Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiera venir conmigo, ha de trabajar conmigo... Este "conmigo" es lo más emocionante y consolador de esta invitación apremiante a la conquista del mundo de mi corazón, de todas las almas que me rodean.

No tengamos miedo. Él va por delante, y permanece íntimamente unido a nosotros. San Wenceslao, duque de Bohemia, recorría durante la noche las chozas de sus pobres súbditos. La nieve ha helado los caminos. Muchos grados bajo cero. Acompañado de su escudero, sale de palacio. Media hora de camino, y Podexino, su paje, le dice con voz extenuada: «Déjame morir, no puedo seguir, tengo las piernas heladas». Amorosamente lo levanta. Le dice: «Ya verás cómo puedes. **Pon tus pies sobre mis pisadas y no tengas miedo**». Y pudo seguir. También nosotros podremos seguir a Jesús sin retroceder, si ponemos los pies en las huellas calientes que van dejando en la nieve sus pisadas. **Con Él y en Él descubriremos el manantial íntimo de alegría y felicidad que ocultan los sufrimientos por amor de Dios.**

En el castillo de Javier en Navarra, se contempla el crucifijo que sudaba sangre cada vez que Francisco en Oriente padecía algún trabajo por Cristo. **Hay una intimidad secreta entre Jesús y el cristiano, una unidad irrompible después de la Encarnación.** Cuando el gran Santo misionero padece y sufre hambre y desprecios en las islas del Moro por Cristo, escribe desde Cochín a sus compañeros de Roma el 20 de enero de 1548: «**Todos estos peligros y trabajos, voluntariamente tomados por amor y servicio de Dios nuestro Señor, son tesoros abundantes de grandes consolaciones espirituales; hasta tal punto, que son islas muy dispuestas para un hombre, en pocos años, perder la vista de los ojos corporales con la abundancia de lágrimas de consolación**».

«**Venid conmigo, trabajad conmigo para entrar conmigo en la gloria de mi Padre**». Esta súplica la hace oración la Iglesia en su liturgia, al pedir a Dios que reinen en el cielo para siempre con Jesucristo cuantos en la tierra lucharon tras su bandera. Preludia nuestra entrada en el cielo cuando descubramos cara a cara a Jesucristo, gracias al cual hemos llegado a salvarnos: «**Digno es el Cordero que ha sido sacrificado de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor. A Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos**».

En la plaza de San Pedro, de Roma, se levanta el obelisco de Calígula. Es un monolito egipcio de 25 metros de altura. Se eleva sobre un pedestal de 24. En su punta aparece la cruz victoriosa. En mármol, grabadas en su base, tres inscripciones: «**Cristo reina, Cristo vence, Cristo impera**». Era el grito de los cruzados medievales. También debería ser el nuestro, eterno cántico de gratitud y amor al Cordero Inmaculado, Cristo Jesús: «**Nos rescataste para Dios con tu sangre de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y nos hiciste reino de Dios**» (Ap 5,9).

Digamos a la Virgen: Madre querida, **queremos descubrir en la oración el secreto para saber sufrir con alegría en los trabajos que por Él y en Él realicemos para extender su Reino.** Cristo padece en y por mí. Tú, Madre, nos enseñarás a ser portadores de la cruz, con alegría radiante, con paz en medio del dolor, del desengaño, de la incompreensión. **Enseñanos a poner los pies en las huellas de Jesús.**

Enamorarnos del Rey

Dice Santa Teresa de Jesús: «**Otros reyes se presentan con insignias y atributos para que los reconozcan. Este no los necesita**». Es Rey por naturaleza. Sólo con su presencia y figura transparente realiza. «**¡Oh hermosura que excedéis a todas las hermosuras!, sin herir, dolor hacéis, y, sin dolor, deshacéis el amor de las criaturas**». **Es tan suave su mirada, que con sólo verle nos cautiva y enamora,** y, sin dolor, deshace en nosotros el amor de las criaturas, libertándonos de sus cadenas. **Pidámosle que nos enamore.**

ORACIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO REY

Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones, te pido, por el Corazón Inmaculado de Tu Madre, que venga a nosotros Tu Reino, que se encienda Tu día, que aceleres Tu triunfo espiritual y social sobre las naciones todas.

Quiero ofrecerte a Ti, entregarme generosamente a tu servicio. Nada puedo por mí mismo, pero confío en Ti. Soy Tu miseria, pero Tú serás mi Todo. Tu Corazón en la cruz está abierto, no traspasado. Así, el que entra, ya no puede salir y aprende a confiar.

Corazón de Jesús, haz que «me quede impresa en el alma Tu grandísima hermosura». Enciérrame en Tu Corazón. Enséñame a controlar imaginación y sensibilidad, a dominar mis cambiantes estados de ánimo, para poder, con amor creciente, repetir siempre: «Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en Su comparación me pareciese bien, ni me ocupase».

Desde lo íntimo de mi corazón, desde este mundo en ruinas, sin norte y sin amor, clamo por Tu Reino de Verdad y de Vida, de Santidad y de Gracia, de Justicia, de Amor y de Paz. ¡Ven, Señor Jesús!

OTROS TEXTOS PARA MEDITAR

Cristo me llama por mi nombre. Cuenta con nosotros

A lo largo de toda nuestra vida, Cristo nos llama. Nos estaría bien tener conciencia de ello, pero somos lentos en comprender esta gran verdad: que **Cristo camina a nuestro lado y con su mano, sus ojos y su voz nos invita a seguirle.** En cambio, nosotros ni siquiera alcanzamos a oír su llamada que se da a entender ahora mismo. Pensamos que tuvo lugar en los tiempos de los apóstoles; pero **no creemos que la llamada nos atañe a nosotros,** no la esperamos. No tenemos ojos para ver al Señor, muy al contrario del apóstol a quien Jesús amaba que distinguía a Cristo cuando los demás discípulos no lo reconocían para nada (cf Jn 21,7).

No obstante, estate seguro: Dios te mira, quien quiera que fueras. **Dios te llama por tu nombre.** Te ve y te comprende, él que te hizo. Todo lo que hay en ti le es conocido; todos tus sentimientos y tus pensamientos, tus inclinaciones, tus gustos, tu fuerza y tu debilidad. Te ve en los días de alegría y en los tiempos de pena. Se interesa por todas tus angustias y tus recuerdos, todos tus ímpetus y los desánimos de tu espíritu. Dios te abraza y te sostiene; te levanta o te deja descansar en el suelo. Contempla tu rostro cuando lloras y cuando ríes, en la salud y en la enfermedad. Mira tus manos y tus pies, escucha tu voz, el latido de tu corazón y hasta tu aliento. **No te amas tú más que te ama Él.** (S. John H. Newman)

El Rey que pide al mendigo

Rabindranath Tagore nos narra esta preciosa historia que **nos abre a la entrega de toda nuestra pobreza** al Rey del mundo:

*Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes. Mis esperanzas volaron hasta el cielo y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo. La carroza se paró a mi lado. **Me miraste y bajaste sonriendo.** Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra diciéndome: "¿Puedes darme alguna cosa?". ¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! **¡Pedirle a un mendigo!** Y yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di. Pero qué sorpresa la mía cuando al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón. **¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dártelo todo!***